



FRESAS CON CHOCOLATE

Jazmín Riera



FRESAS CON CHOCOLATE

Jazmín Riera



CAPÍTULO 4

LA NUEVA AVISPA

Sus ojos marrones me observaron con confusión; mi mirada bajó a los calzoncillos grises que envolvían unas piernas fuertes.

—Ojos arriba, preciosa. —Se burló con claro acento español mientras se apoyaba en el marco de la puerta con una altura y un porte impresionantes. Una cadena con una pequeña placa de plata descansaba en su pecho desnudo y bronceado.

—¡Francesca! —La voz de una chica sonó a lo lejos llamando la atención de ambos.

Observé hacia adentro del lugar: una joven con anteojos, cabello lacio negro y rasgos asiáticos se acercaba a toda marcha a la puerta.

—Francesca, ¿no? —preguntó ahora con algo de duda.

—Sí, Francesca Díaz. Fran. —Mi voz sonó extraña.

Ellos eran extraños.

El chico en ropa interior se movió a un costado pero sin quitarme sus ojos de encima.

—Muévete, Toro —dijo la chica refiriéndose al castaño—. Ven, pasa.

Entré al departamento; este era amplio y estaba decorado con colores claros. Había un sillón celeste frente a un televisor y, a lo lejos, cerca de la terraza, una mesa y luego una puerta que iba al pasillo. Del otro lado se veía una puerta que dirigía a la cocina; distintos ruidos de cacerolas y lo que parecía alguien silbando provenían de allí.

—Pensé que llegarías más tarde —comentó la chica acomodándose los anteojos.

—Al final llegué a horario —dije aferrándome a mi valija.

El mismo chico de antes ahora volvió a entrar con un *jogging* gris que tapaba su desnudez pero sin camiseta, lo que dejaba ver su torso trabajado. Su presencia me generaba algo de ansiedad.

—¿Qué está pasando aquí? —preguntó cruzándose de brazos.

—Nuestra nueva inquilina, te he hablado de esto —le dijo Nara al chico nuevo.

—No habíamos quedado en esto. Mi amigo Hernán necesita un lugar, te lo había mencionado —comentó con dureza el joven.

Esto era de muy mal gusto.

—Ya dijimos que de ahora en más intercalaríamos: ahora toca una inquilina mujer —dijo viéndolo fijamente.

—¡Hostias! Soy el que pone más dinero y ni siquiera tengo poder de decisión —habló el chico con molestia.

—Si necesitan, puedo ir a esperar... —No pude terminar la frase ya que un joven de cabello rubio ceniza apareció por la cocina.

—¡Ciao! Debes ser la nueva —comentó estirando su mano para estrecharla con la mía luego de haberse secado con un

repasador. Claramente era italiano—. *Io sono* Sebastián, me dicen Chiri —se presentó con una pequeña sonrisa. Sus ojos eran tremendamente claros y algo saltones; tenía una vibra *hippie* y un porte relajado.

—Francesca —dije con una pequeña sonrisa—. Y no tengo apodo.

—Francesca —repitió con el acento italiano bien marcado—. No te preocupes, te encontrarán uno rápido. Hay un experto —dijo ahora mirando divertido al castaño que seguía callado y con los brazos cruzados—. Espero que tengas hambre; en un rato salen unas pastas caseras que... —comentó divertido juntando y chasqueando los dedos frente a su boca.

—Chiri, hiciste la salsa carbonara, ¿verdad? —preguntó Nara con una sonrisa. Chiri asintió complacido—. Ven, te mostraré tu habitación —dijo ahora la chica llevándose mi atención.

Observé ahora al castaño que me daba una última mirada de mala gana, y se sentó en el sillón. No sabía su nombre.

—¿Cuántos son? —pregunté mientras caminábamos por el estrecho pasillo.

Era un departamento simple pero amplio y cómodo para la cantidad de chicos que parecíamos ser.

—Cuatro. Falta presentarte a «la Americana», te caerá muy bien —dijo abriendo una puerta—. Allí duerme Toro con Chiri. Tú dormirás con la Americana y conmigo. En el fondo hay un gimnasio casero que armó Toro; no le gusta que toquen sus cosas, pero siempre se puede conversar...

Observé la habitación: si bien era simple, era grande. Nara parecía bastante ordenada; había una cama individual con edredón blanco y algunos libros esparcidos por el costado.

—Lo lamento, tuve un final ayer y recién ahora puedo ponerme a ordenar un poco —comentó mientras agarraba los libros rápidamente.

Caminé hacia la otra cama individual cerca de la ventana. Un poco más alejada en un rincón estaba la cama de la Americana: una gran bandera de Estados Unidos se desplegaba junto a diferentes fotos.

—Tienes una parte del ropero que es para ti, pero si necesitas más, podemos correr algunas cosas —explicó con ojos atentos.

Observé mi valija.

—No, no te preocupes. Tengo poca ropa, traigo lo justo para un cuatrimestre. No quería viajar con mucho equipaje.

—Bueno, acomódate tranquila. Lo único malo, que te expliqué por teléfono, es que hay un solo baño y poca agua caliente. Así que intentamos hacer baños cortos —dijo agarrando un abrigo del placar—. Cualquier cosa me avisas —dijo retirándose de la habitación y dejándome sola.

Largué el aire de golpe: llegar a una ciudad nueva sin ningún conocimiento del lugar me hacía sentir estresada. Con rapidez saqué el celular y le escribí a Dante para contarle que ya había llegado; la diferencia horaria no nos jugaba a favor, pero igual sabía que él estaba atento a mis noticias. Pasé luego por el baño a refrescarme; me tomé mi tiempo, hasta que escuché un gran alboroto en la sala compartida, sin más salí hasta allí. Ahora una chica con el pelo rubio platinado y voz aguda saltaba de un lado al otro.

—¡*Fuck them!* —dijo inclinada viendo la pantalla de una *notebook*—. Era para mucho más —dijo molesta y cerró de un golpe la computadora.

La mesa del comedor ahora estaba con un mantel, platos, cubiertos y vasos. El aroma a comida casera generaba calidez en el lugar. El moreno jugaba a la PlayStation mientras Nara observaba atentamente el juego como si fuese la final de un partido realmente importante.

—¿Y tú? —preguntó la rubia con claro acento ahora captando mi presencia.

—La nueva —contestó el castaño sin despegar su mirada de la televisión.

—Es Francesca, ocupará el lugar de Paulina —explicó ahora Nara.

—¿Pero no venía tu amigo? —preguntó la rubia con un español algo acartonado.

—Pensé lo mismo, pero Gogo decidió por ella sola... —comentó el joven con molestia.

—Lo acordamos la otra noche, no más hombres —comentó Nara, a la que al parecer le decían Gogo, con tranquilidad.

De repente vi cómo se desenvolvía un debate sobre un tal Hernán y mi presencia. Principalmente entre Gogo y la rubia, que sin duda era la Americana. El otro se mantenía al margen acotando algo de vez en cuando.

—¡A comer! —dijo Chiri y salió de la cocina con una fuente de pasta; su delantal estaba por completo manchado con harina y lucía una gran sonrisa.

Todos automáticamente se olvidaron del debate y se trasladaron a la mesa del comedor; me mantuve parada al final del pasillo. Gogo me hizo una seña y caminé hacia el único lugar vacío, entre la Americana y Chiri.

—¿De qué hablaban? —preguntó Chiri mientras servía la comida.

Tan solo esa pregunta sirvió para que comenzaran nuevamente a debatir con pasión sobre el tal Hernán.

—Suficiente, ya está, *per favore* —cortó Chiri—. A disfrutar de la pasta y darle la bienvenida a nuestra nueva inquilina.
—Levantó su vaso con cerveza.

Todos chocamos nuestros vasos, pero la cara de disgusto del castaño, que lo tenía posicionado en frente, era clara.

—¿Y? ¿*Come stai*? —dijo el rubio con una gran sonrisa refiriéndose a la comida; todos confirmamos que estaba deliciosa.

—¿Qué estudias? —preguntó la Americana.

—Arquitectura —contesté luego de probar un bocado de la cena. Estaba deliciosa y yo muy hambrienta luego del largo viaje.

—¿Estarás aquí por un cuatrimestre? —prosiguió la rubia.

—Sí, la universidad me dio la posibilidad de hacer un intercambio. Y me pareció interesante tomarlo en mi último año —contesté.

—Debes tener buenas notas —acotó Gogo.

—Algo así.

—¿Tienes pareja? —preguntó el moreno con tranquilidad.

—Sí, estoy comprometida —respondí sintiendo la palabra como algo nuevo.

Sabía que era algo pronto para eso, pero Dante había sido mi novio toda la secundaria; llevábamos mucho tiempo juntos y cuando me lo había propuesto, por más que nunca había sido completamente mi plan desde un principio, me había gustado la idea de compartir mi vida con él.

—Esta es una verdadera decepción para Toro —dijo Chiri divertido y todos rieron por lo bajo.

—No, tranquilo. Que no estoy con estiradas —comentó con tono burlón. Todos rieron ante el chiste pero a mí me molestó.

—Tranquilo, yo no estoy con desagradables —retruqué un poco más bajo.

—Uuuuh. —La Americana festejó y todos rieron menos Toro.

—Ya me agrada —dijo Chiri divertido—. Debemos encontrarle un sobrenombre.

—Oh, ya tengo uno —habló el hombre frente a mí viéndome fijamente.

Había algo en él que me inquietaba, parecía que no le caía bien.

—Avispa. —Sonrió de lado dejando ver una pequeña mueca coqueta.

—Avispa y ¿por qué? —preguntó ahora Gogo.

—Por lo asesina. Te lo ganaste con unos pocos comentarios —dijo airoso.

—*I like it* —dijo la Americana.

La cena prosiguió en paz. Los roles eran claros: Chiri era el que traía la calma y la unión. Estudiaba Veterinaria. Mientras que la Americana, que era algo más atolondrada y sin filtro, estudiaba danza. Gogo era la más callada y reservada. Estudiaba Letras. Y por último estaba el odioso Toro, que vaya uno a saber por qué le decían así. Lo único que sabía de él era que no estaba contento con mi presencia y que estudiaba Ingeniería.

Lo bueno de todo esto era que todos estaríamos ocupados con los programas de nuestras universidades, así que no tenía por qué verme obligada a hacer muchas relaciones sociales.

No era mi intención hacer amigos, mi idea era terminar esta experiencia de la manera más tranquila posible.

Caminé con rapidez por la pequeña oficina; se notaba que era una empresa familiar.

Blanca, mi hermana, había salido por un tiempo con el hijo de los dueños, quien también trabaja aquí. Por lo menos eso me había contado ella y no era de muchas palabras.

Me aferré a la carpeta que contenía mi *curriculum vitae* cuando un hombre me recibió con una sonrisa; tendría unos treinta y cinco años, y vestía una camisa celeste y unos pantalones color caqui.

—Francesca —me llamó.

Estreché mi mano con la de él.

—Señor Fonza —lo saludé.

—Claudio, por favor. Qué gusto tenerte por aquí —comentó mientras cerraba la puerta.

Tomé asiento frente al escritorio mientras él se sentaba en su sitio. El lugar era pequeño, había imágenes de casas y estructuras que contrastaban con la pared color avellana.

—Bien... Blanca me habló mucho de ti. Me sorprendí ante su llamado, hace mucho tiempo que no sabía de ella —comentó como quien no quiere la cosa luego de darle un trago a su taza de porcelana que decía «Superpapá».

—Oh, sí, está en los Estados Unidos. Trabajando como siempre —dije con una pequeña sonrisa.

Blanca siempre había sido la más aplicada de las dos, su gran foco era su trabajo y lo demás corría de segunda.

Él asintió y el silencio se volvió palpable.

—¿Está en pareja? —preguntó de repente.

Respiré hondo antes de asentir.

—Hace un tiempo —respondí rápido sin querer parecer áspera. Él perdió su mirada en alguna parte de la computadora—. Hmm... Aquí traje mi currículum... —dije después de un minuto de silencio que me pareció eterno. Él ahora volvía al presente.

—Ah, sí, claro. —Aceptó los papeles y los observó por largos minutos.

La ansiedad subió por mi cuerpo casi como un volcán a punto de entrar en erupción; hice un gran esfuerzo por no mordirme las uñas y observé detenidamente cada expresión que ocurría en su rostro.

Claudio asintió para luego cerrar la carpeta y posicionarla arriba del escritorio.

—Es un excelente currículum para una persona que todavía no finalizó la universidad.

—Me faltan tan solo tres materias, que las haré aquí —dije rápidamente.

Claudio asintió.

—Mira, Francesca, en serio es un gran currículum, con todas las prácticas que has hecho y con un promedio altísimo, pero no puedo ofrecerte un puesto —comenzó.

—Oh, pero no se preocupe, podría ser asistente de cualquier área, estaré encantada de poder trabajar aquí —dije lentamente.

Claudio aceptó algo quedado.

—Debo ser honesto contigo, Francesca. Cuando me llamó Blanca, me insistió bastante para que te viera y realmente creo que tienes un gran futuro teniendo en cuenta tu corta edad.

Pero no estamos teniendo tanto trabajo como para tomar más empleados —comenzó—. Se lo comenté a tu hermana, pero fue bastante testadura... Como ya sabemos. —Sonrió levemente. Sentí la vena de mi cuello latir con molestia—. Igual, como se lo prometí a tu hermana, me quedaré con este currículum y se lo pasaré a mis colegas. Estoy seguro de que encontrarás un trabajo en algún estudio muy pronto.

—Muchas gracias, Claudio. Le enviaré entonces también el currículum virtual para que lo tenga —dije poniéndome de pie y él me imitó.

—Gracias por pasarte, Francesca, sabrás de mí pronto —dijo con una pequeña sonrisa y estrechó mi mano con la de él.

Cuando me quise dar cuenta, ya me estaba yendo de la oficina a toda velocidad. Maldita sea. No era la primera vez que Blanca me metía en algo así. Para ella todo era posible. Había llegado a España con la idea de trabajar, pero ahora... debía buscar un trabajo desde cero y no sabía por cuánto tiempo me servirían mis ahorros.

Caminé por la ciudad, en un intento de calmar la ansiedad de mi cabeza. Bueno, al parecer, el trabajo ideal... no era tan ideal... y no era tan trabajo después de todo. Dejé salir el aire de mis pulmones, tal como me había enseñado mi profesora de meditación.

Abrí los ojos y me dispuse a observar la ciudad que me rodeaba: los grandes árboles, la arquitectura algo antigua y nostálgica.

Mi celular vibró.

—¿Y? —La voz de Blanca sonó demandante del otro lado. Muy clásico de ella.

—Me dijo que no tenía puestos disponibles.

—¡¿Qué?! —dijo con sorpresa—. Me dijo que te daría algo.

—Bueno, al parecer cambió de opinión. —Me encogí de hombros y detuve un taxi.

—Maldito sea, lo llamaré de nuevo...

—No, Blanca. Es suficiente, encontraré algo por aquí. Seré mesera o lo que pueda encontrar hasta hallar algo relacionado con la arquitectura —dije con rapidez.

Debía sacar de la escena a Blanca, si no, ella terminaría incendiando todo Barcelona.

—Déjame, yo me encargo —fue todo lo que dijo antes de cortar la comunicación.